

y la verdad con formas tan bellas como se presentan con frecuencia el mal y la mentira? Pero el hombre, que con facilidad juzga por las apariencias exteriores, con frecuencia rechaza la fealdad más que el pecado, y principalmente, si el mal seduce su mirada con hipócrita belleza.

No hay que extrañar que no lea el mundo libros buenos y serios, que están, por otra parte, poco conformes con sus gustos, y que prefiera á ellos escritos perniciosos, en que con formas agradables se realiza el encanto interior del mal. De ahí la imprescindible necesidad de que se una al verdadero orden la virtud sin mancha. No en vano nos inculca estas palabras el espíritu de Dios: «Administra la justicia con rectitud». <sup>(1)</sup> Bien lo comprendió el Apóstol, y por lo tanto, nos exhorta en los siguientes términos: «Hágase todo con decencia y con orden». <sup>(2)</sup> Difícilmente hace grandes conquistas la virtud, cuando se presenta con formas rudas, con natural grosero y en medio del desorden; lo mismo sucede cuando lleva las disensiones á la familia, á la sociedad y á la vida privada. Cuando, por el contrario, lleva el orden por adorno, y lo comunica por doquiera, sale siempre victoriosa, porque la belleza se enseñoera del alma suavemente, pero de manera irresistible.

Todos se someten con gusto á las amabilidades de la paz, de la pureza, de la sencillez, de la justicia y de la moderación. Si puede substraerse la fría inteligencia á los encantos que seducen á la voluntad, perderá todo pretexto á la censura y á los subterfugios donde el orden y la armonía sean el complemento del todo.

**9. Orden de la justicia, de la caridad, del celo y de la vida moral.**—Seamos lo que fuéremos, no es universal nuestro poder; no podemos hacerlo todo; lo que conviene á uno, puede no convenir á otro. Todos podemos estar animados de la mejor voluntad, pero podremos servir de piedra de escándalo, si no sabemos distinguir entre lo que nos

(1) Deuteronomio, XVI, 20.

(2) I Cor., XIV, 40.

conviene á nosotros, y lo que conviene á los demás. Querer hacer siempre lo mismo, tratar á todo el mundo del mismo modo, atribuir á todos las mismas cualidades, es verdadero fanatismo estoico, cuya última y necesaria consecuencia es causar repugnancia á todo el mundo. En efecto, tal violación del orden, tendría con frecuencia como resultado la violación de la virtud misma. Querer tratar á los niños como á hombres, no establecer diferencia entre las naturalezas coléricas, frías ó fáciles de conmover, no manifestar al compañero de toda la vida, al hijo de su corazón, un amor más tierno que el que se manifiesta á los demás; todo esto, sería trastornar el orden y agraviar á la virtud, que exige que á cada uno se dé lo que le corresponde, porque la virtud, lo mismo que la justicia, <sup>(1)</sup> es orden, y el orden, no es otra cosa que la aplicación de la justicia, lo mismo que el pecado es la perturbación del orden. <sup>(2)</sup>

Por eso lo primero que nos enseña el Cristianismo es á practicar la virtud, según el orden exigido por la caridad. <sup>(3)</sup> Cuanto más allegado nos es alguien por los lazos de la sangre, por la gratitud que le debemos y por consideraciones de otra naturaleza, tanto mayor derecho tiene á nuestro afecto y á la manifestación de nuestro cariño. Si nos toca alguno más de cerca por la condición social semejante á la nuestra, por la alianza que forma la misma patria, merece nuestra adhesión en mayor escala que el que no tiene con nosotros otro título de semejanza que el de hombre. Cuanto mayor es la necesidad en que se encuentra el prójimo, tanto mayor es la obligación que sobre nosotros pesa de acudir en su auxilio. Sucede, desgraciadamente con no poca frecuencia, que ante los extraños ó fuera de su casa, es uno la amabilidad misma, y en el círculo de la familia y principalmente para con los subordinados, completamente distinto. Eso no se llama virtud verdade-

(1) S. Agustín, *Civ. Dei*, 15, 22.

(2) *Id.*, s. 21, 3.

(3) Sto. Tomás, 2, 2, q. 26; q. 31, a. 2, 3; q. 32, a. 9.



ra, y menos virtud cristiana. Ésta ama á todos los hombres sin excepción, porque, como hombres y como cristianos, todos somos semejantes. Mas, cuando á ese motivo general de caridad que tiene para todos la misma importancia, se añade otro llamamiento á nuestro corazón, no desecha la virtud verdadera lo que de ella reclaman la equidad y la justicia, esto es, el orden. Sin orden, la caridad se convierte en coquetería, en condescendencia punible, en ciega pasión, funesta para los que no siguen sino sus inclinaciones sensibles, en sinrazón que hiere á los demás, en enfermiza sensiblería que saben explotar perfectamente hombres indignos. Jamás puede existir sin orden la caridad sana, mesurada, unida á la circunspección, al dominio de sí mismo, capaz de sacrificar las inclinaciones y las atenciones sensibles, cuando en ellas está nuestra ventaja, y se impone la voz de la razón y del deber, la caridad, que nos da energía para manifestar nuestra inclinación, no sólo con la ternura, sino también con la severidad y con la dignidad cuando es necesario.

El celo debe regirse por el orden lo mismo que la caridad. Un celo sin orden es tan devorador como poco amable. Cuanto más grande es el celo, tanto más necesita del orden. Nada destruye más las energías y el valor, que un entusiasmo ciego y sin medida; nada ofende más que la impetuosidad desenfrenada, aunque se ponga al servicio del bien. Querer que nazca el entusiasmo por el bien y por la belleza con sacudidas bruscas, es sembrar antes de arrancar las malas hierbas, es querer recoger el fruto, ya en nosotros, ya en los demás, antes de haber dejado al débil arbustillo tiempo para crecer, es trabajo inútil, es malear el bien que se podía creer de fácil realización. Largo es el camino que lleva á la cumbre de la perfección moral, hay que subirlo paso á paso, escalón por escalón. Cada intento de aceleración se paga con una fatiga prematura y con una caída profunda. Sólo con la constancia se adquiere pleno dominio de sí mismo». <sup>(1)</sup> Pero debemos

(1) S. Lucas, XXI, 19.

observar con los demás la misma conducta que seguimos con nosotros, para que se inflame en lugar de apagarse, la mecha que todavía humea, para que poco á poco se perfeccione el bien, y no sea en su debilidad destruido por una precipitación precoz y por exigencias intolerables.

No será ciertamente obra perfecta la casa construída precipitadamente, aunque tenga suficiente solidez para desafiar al viento y á la tempestad. Es necesario comenzar por consolidar los cimientos, y después dar principio al edificio. Y sólo cuando se ha concluído de levantar, se puede pensar en los trabajos accesorios y en la decoración. Lo mismo debe hacerse con el edificio de la perfección moral, cuya piedra fundamental está en el corazón; semejante al que construye su casa sobre arena es el que pretende llegar á su fin con simples prácticas exteriores: la primera tempestad que le venga lo destruirá.

Es señal de carácter falto de orden no preocuparse con las cosas exteriores, y es inspiración de puras medianías despreciar lo exterior, considerándolo como inútil. Para ser natural y para estar á la altura de las circunstancias, el orden de nuestra conducta exterior debe ser consecuencia del orden interior. Exige la proporción verdadera de las cosas que el edificio de la vida moral comience en el corazón y continúe en el exterior. El Reino de Dios está dentro de nosotros. Las pasiones deben estar sometidas á la voluntad, la voluntad á la razón, la razón á Dios; y entonces, sin violencia de ningún género, se rendirá el hombre exterior al interior ya pacificado, y tendrán duradero atractivo las formas exteriores. De otro modo, no tendrán raíz alguna en nuestra naturaleza, haciéndose fastidiosas, porque pronto se llegará á adivinar que son fruto de invención artificial, que las ha reunido exteriormente la violencia, y que no han brotado espontáneamente en lo que tiene de más íntimo el alma. Por eso no llegará á la perfección quien no haya aprendido la ciencia de la verdadera discreción, que sabe dar á las cosas de poco valor y á las de mucha importancia, á lo que es esencial y á lo que



es accesorio, á lo que es ruín y á lo que es noble, á lo que es del tiempo y á lo que es de la eternidad, el lugar que les ha señalado un orden racional.

**10. Sin orden no hay verdadera virtud.**—Siempre y en todas partes deben conservar sus derechos la razón y la naturaleza. Posible es que sea excelente una obra buena considerada en sí misma; pero también es posible que sea reprobable, atendidas las circunstancias en que se ha hecho, y cuando no responde á las exigencias del orden. Dar limosna, es, en verdad, buena acción. Pero si se da á manos llenas á cuantos necesitados se presenten, ó siempre que se trata de obras de caridad, y no se paga á los acreedores, ó se prescinde de la ocasión de resarcir los daños que se han hecho, aun cuando en sí misma sea digna de alabanza la acción, jamás podrá ser aprobada; es más bien vituperable, porque exige el orden que á los deberes de caridad, precedan siempre los deberes de justicia.

Si con sus escritos adquiere un sabio la gloria de escritor de mérito, y por lo mismo descuida sus deberes profesionales; si un empleado público pasa el tiempo en enseñar al pueblo para que progrese la agricultura, y no permite que se acerquen á él los que llegan á reclamar justicia ó los hace esperar indefinidamente, es indudable que está muy lejos de ser laudable su conducta; porque exige el orden que los servicios voluntarios y las humoradas vengan después del cumplimiento de lo mandado. «Ninguno que milita se embaraza en los negocios de la vida, á fin de agradar á aquél para quien se alistó». <sup>(1)</sup>

Puede ser muy bueno en sí, y aun necesario, que una mujer que ha recibido de Dios muchos bienes de este mundo se consagre á una sociedad establecida públicamente para alivio de los necesitados, y que un hombre, favorecido de los mismos bienes, se dedique á los asuntos de la vida civil y social. Pero todo esto debe quedar relegado á segundo término. En primera línea están las funciones

(1) II á Timoteo, II, 4.

propias y los deberes que de ellas resultan. Sólo cuando se ha cumplido con las obligaciones propias, se puede pensar en las extrañas. Cuando se han satisfecho los deberes de estado y las obligaciones de familia, cuando no hay vacíos en las obligaciones de los esposos, cuando están asegurados el verdadero bien de los hijos y la conducta de los subordinados, puede entonces consagrarse la actividad á obras de beneficencia y de utilidad pública, con la condición precisa de que no absorban toda la atención. Porque debemos estar prontos á sacrificar la obra más digna, aunque merezca toda nuestra predilección, en el momento en que vemos que comienza á ser un obstáculo á la fidelidad para con nuestros deberes más importantes.

**11. No hay éxito.**—Todo depende del orden mucho más de lo que piensan los hombres. ¿Por qué hay tantos que jamás llegan al bienestar, aunque cuenten con más medios que otros, y se impongan mayores privaciones? ¿Por qué en muchas casas de educación no se hace ningún progreso, cuando hay en ellas tan buenas voluntades? ¿Cómo es que trabaja uno á veces mucho tiempo con la firme resolución de arreglar su vida, y todo permanece en él en el mismo estado que antes? No le faltan ni aplicación, ni voluntad, ni esfuerzos, ni perseverancia. Sin embargo, se explica todo fácilmente, le falta algo, sin lo cual, por desgracia, no tiene resultado lo demás: le falta el orden. No hay orden, ni en los gastos, ni en las entradas, ni en el trabajo, ni en el recreo, ni en la manera de mandar, ni en la de obedecer. Dan sus órdenes los padres según el capricho del momento, y no tratan de obligar á la ejecución. Obedecen los hijos á quien quieren y cuando quieren, y jamás se les corrige; se acude ya á esto, ya á aquello. Hoy se lee un consejo en una revista, mañana se oye una proposición de parte de un amigo, al día siguiente se ha visto tal cosa puesta en práctica en casa de un pariente, y después, nuevas ideas cruzan rápidamente por nuestro espíritu. Pero no nos damos cuenta de qué proviene todo esto; soñamos en los medios de aplicarlo, sin pensar más, y al



día siguiente, lo abandonamos por cualquier otra novedad.

El mismo fenómeno se produce en las cosas del espíritu. Se busca el éxito en medios que halagan la curiosidad, el amor propio y el orgullo. Se lee un libro cualquiera con tal que guste; se piden consejos á todos; se buscan nuevos guías, nuevas prácticas, y todas las semanas se cambia de modo de vivir interiormente. Esos ensayos faltos de plan, esos eternos cambios que no permiten que dé fruto el primer medio empleado, esa sucesión de objetos que no tienen relación alguna los unos con los otros, son la razón de que, por manera tan deplorable, fracasen tan nobles esfuerzos. Y, sin embargo, en millares de casos, depende esto menos de lo que hacemos, que de la ejecución de una empresa comenzada, llevada hasta el fin con infatigable valor.

Tales son nuestras acciones, hecha abstracción del pequeño resultado que nos dan. Pasa con ellas como con la mayor parte de nuestras obras musicales: las partes son buenas, hasta enajenan, y sin embargo, es defectuoso el conjunto, porque no hay en él ni unidad ni orden.

Estamos viéndolo así en todo el mundo. Vemos en él hombres excelentes, intenciones inmejorables, buenas voluntades que se manifiestan por todas partes, tentativas en general bien intencionadas; sólo falta una cosa, orden. Esta es la causa de que nada se encuentre completo; ni virtud completa, ni educación completa, ni interior de la familia completa, ni vida completa, en pocas palabras, no hay hombres completos.

**12. No dependen la belleza y el poder del efecto producido por la ostentación y por el número, sino del producido por el orden.**—El esplendor no constituye la belleza. Los montones de oro á cuya formación no ha precedido ninguna idea, los más preciosos mármoles tallados sin plan bien concebido, no son más que prodigalidades odiosas, mientras que con materias informes crea el orden magníficas obras de arte.

Tampoco está la fuerza en el número. Con pocas, pero bien ordenadas tropas y sin grandes esfuerzos, vencieron Milciades y Alejandro los inmensos ejércitos persas.

Sólo el orden constituye la belleza, sólo él crea la fuerza. Con el orden ha triunfado la oscuridad del esplendor más maravilloso; con el orden triunfa la debilidad de potencias en apariencia invencibles. No es común que adquiera uno lustre con brillantes obras de virtud, y limitado es el número de los que ejecutan acciones ante las cuales se postra entusiasmada la humanidad entera. Pero todos pueden ver el mundo á sus pies, y sin darse gran trabajo. En una vida perfecta, realizada por el orden sabiamente dispuesto, posee doble resistencia el ser más débil; la resistencia de la fuerza y la de la belleza, á las cuales los hombres adjudican con gusto el premio. Así se dijo de la humilde Virgen que escogió para esposo el gran Rey. «Es hermosa como la luna, y terrible como un ejército bien ordenado». <sup>(1)</sup> Y se ha dicho también de los Santos y de los perfectos: «Hombres ricos en virtud, solícitos del decoro, pacíficos en sus casas; todos estos alcanzaron gloria en las edades de su nación, y en sus días son celebrados» <sup>(2)</sup> más que por todos los milagros.

(1) Cantar de los Cantares, VI, 9.

(2) Eclesiástico, XLIV, 6, 7.